

## PRÓLOGO

CÁDIZ, JULIO DE 1898

Macarena regresaba cuatro años después, y no sabía si llegaría a tiempo de reunirse con Milagros. Aguardó en la borda observando la modorra con la que las líneas de la ciudad de Cádiz amanecían brumosas a flor de mar, hasta que el barco se detuvo. Después acercaron una pasarela sobre la que se volcó un enjambre de pasajeros y, una vez en tierra firme, dejó a Lourdes con las valijas y se alejó para buscar un transporte a la estación de tren. En su paso por el puerto —todavía reforzado por miedo a un ataque americano— detuvo la mirada en los grupos formados para recibir a los recién llegados, pero su mente volvió a desembocar en Milagros.

Sentía las moscas pegadas a su piel curtida por el sudor que despertaba el calor reseco del muelle, mientras el desagrado saturaba sus ollares de un olor a pescado rancio y el griterío imperante ensordecía sus pensamientos. El gris plomizo del cielo manchaba la ciudad con una luz triste y acentuaba la capa de desaliento que cubría todo desde que los gringos ganaran la guerra. Alrededor de las dársenas se cuajaban la hambruna, los tullidos harapientos retornados de las Antillas y las prostitutas intentando pescar unos reales mostrando su mercancía con desgana. No detuvo su paso hasta encontrar a un porteador, y, tras cerrar el precio del trayecto, señaló a Lourdes, que esperaba con sus pertenencias.

Partieron hacia la estación para tomar el tren del mediodía en dirección a Sevilla, donde Sebastián estaría aguardando. Durante el recorrido Macarena se sumergió en un sopor acrecentado por el ajetreo de la calesa, permitiéndose descansar los ojos al tiempo que su mente se convencía de que habían regresado a las calles de La Habana. Dirigió entonces la vista a Lourdes, que contemplaba con curiosidad el escenario que tanto le recordaba a la capital antillana, y luego volvió a pensar en Milagros. ¿La vería de nuevo? La idea

del reencuentro le roía las entrañas por los nervios. El tiempo que las separaba resultaba insondable al imaginar cómo serían sus primeras palabras, cuando rememoraba el vacío de su mirada la mañana en que se despidieron...

A medida que se acercaban a la estación, permitió que esa angustia fuera diluyéndose, y, finalmente, sus temores se acallaron.

—Ya hemos llegado.

La voz del calesero hizo que regresara al presente. Asintió y le pagó el precio indicado. Con la ayuda del chófer, bajaron el equipaje. El carruaje se alejó y se quedaron admirando la fachada de la estación. Después de comprar dos billetes en primera clase, pagaron a unos mozos para acarrear sus valijas al vagón correspondiente. La locomotora no tardó en romper a humear preludiando su partida inminente y los viajeros fueron ocupando el vacío de los asientos sin poder evitar que sus miradas recelosas se detuvieran en la extraña pareja. Si alguna vez los indios habían sido apreciados por esos lugares, dicho sentimiento se tornó en inquina después de tres años de guerra y del desenlace de esta.

El tren arrancó de un tirón seco. El humo y las motas de carbón llenaron los paisajes asolados por el calor inclemente del verano. Entre tanto, Lourdes volvía a perder su mirada en la lejanía, dispuesta a captar cada detalle de un entorno tan diferente al que imperaba en la isla, y no despegó los ojos del cristal hasta que el tren llegó a su destino.

Descendieron esperando a Sebastián, que se retrasaba. El reloj de la estación marcaba la sombra del apremio, y con cada instante gastado iban agotándose las esperanzas de ver a Milagros de nuevo. Sus miradas se hundían con impaciencia en los rostros de los viajeros que se escurrían hacia la salida hasta que el semblante arrugado del mayordomo —con su tos perenne— se aproximó por el andén. Cuando fue a su encuentro, el hombre esbozó una sonrisa e, intuyendo que sus ojos se llenaban de lágrimas, desclavó un carraspeo de su garganta, aunque no pudo evitar hablar con voz quebrada.

—Bienvenida a casa, señorita Macarena.

Ella sonrió, echándose a sus brazos, que desprendían un olor familiar a caramelos de menta y tabaco de pipa.

—Me alegro de verte, Sebastián. Dime cómo está la tía Milagros.

—Gracias a Dios, ha llegado a tiempo.

—Pues no nos demoremos más.

Sebastián echó una mirada de soslayo al rostro desconocido de Lourdes, la mulata que acompañaba a Macarena, le sonrió con timidez y después obedeció. Al salir de la estación, Macarena percibió el aroma de las calles reseca de sol y flores de azahar, subieron a una calesa deslucida que conducía el mayordomo y fueron atravesando la maraña de callejas de la judería que iba dibujándose a su paso, dejando atrás las alhóndigas trasnochadas que una vez se vieron colmadas de mercancías exóticas. Las calles se sentían abandonadas, vacías de la gente que rehuía salir de sus casas para evitar contemplar el recuerdo latente de lo que habían perdido en la guerra. A medida que el carro se deslizaba por el empedrado, Macarena comenzó a hacerse una idea de cómo la pobreza había calado en la ciudad. Los escombros y la suciedad se agolpaban en las aceras, las gentes con las que se cruzaban no vestían más que harapos y los comercios que podían permitirse continuar abiertos lo hacían a pesar de la escasez reinante. Mientras se empapaba de la realidad desoladora, Macarena comenzó a sumergirse en una pena brumosa que enturbiaba el reencuentro con Milagros. Poco después de cruzar la plaza de San Francisco divisó el palacete donde había gastado su infancia. Tampoco este había podido escapar a la miseria que lastraba el país. Finalmente, la calesa se detuvo y percibieron el aire que danzaba impregnado de jazmín y traía consigo el último recuerdo que Macarena poseía de Milagros en la mañana en la que una carta torció su vida.

# 1

COSTAS DEL CARIBE, PRIMAVERA DE 1893

El albor había sorprendido a Macarena en cubierta. Se asomó por la borda, descansando la mirada en el azul del horizonte, donde la monotonía de la masa regular del agua no daba opción más que a convivir con su paisaje invariable. Sumergida en la quietud imperante de ese eterno vaivén, rememoraba las palabras de la carta que la había llevado a ese barco con rumbo a La Habana, y se le encogió el estómago al imaginar lo que le deparaba cuando llegara.

Tenía por compañía a un par de marineros bisoños de ojos adormecidos, dedicados a cepillar el piso de madera con desgana, que, de tanto en tanto, la observaban con curiosidad, pues a esas horas de la mañana solo la tripulación acostumbraba a trajinar por allí. El vapor surcaba la piel del océano con ligereza, y, a medida que el sol ascendía, más curiosos comenzaban a rondar por las inmediaciones, llenando el silencio de la mañana con su conversación.

La voz de Teresita sonó a su espalda.

—Te he buscado por todas partes...

Macarena se giró y admiró su rostro de muñeca de porcelana enmarcado por unos bucles del color del carbón y se forzó a sonreír, apartando los pensamientos que la habían estado hostigando hasta ese instante.

—¿Se te han pegado las sábanas? —le preguntó Macarena.

Su amiga echó la vista al cielo con un extraño mohín en la cara.

—Mamá me ha tenido toda la mañana supervisando que Antoñita recogiera mi equipaje...

Teresa bien sabía que, a pesar de su abolengo —era la condesa de Morente—, Macarena viajaba sin una doncella que la asistiera, y buscó a su madre con la intención de pedirle que Antoñita, su doncella, ayudara a su amiga. Sabía que no estaría muy lejos de allí; se sentaba en un pequeño banco de madera con la mirada perdida en

el horizonte, angustiada por saber que, a sus años, lo había abandonado todo para cruzar el gran océano en dirección a las Américas.

—Voy a preguntar a mamá si Antoñita puede ayudarte con el tuyo.

—No te molestes, ya lo he hecho yo.

Teresita la estudió durante unos instantes para comprobar en su expresión que no le ocultaba nada, y después desistió. Pensó que, para ser condesa, Macarena había sido criada con pocos remilgos, pero quién era ella para juzgar. Le dedicó una sonrisa, porque así podían estar más tiempo juntas.

—No veo el momento de que nos bajemos de este barco.

Una sonrisa cruzó el rostro de Macarena al recordar las veces que su amiga le había repetido su empeño por buscar a un indiano rico con el que casarse y evitar así el viaje de regreso. Pero, a diferencia de Teresita, si a ella le dieran la oportunidad, no dudaría en tomar el siguiente vapor de vuelta a España. Iba a decir algo al respecto cuando el graznar machacón de unas gaviotas resonó sobre sus cabezas. No era la primera vez que se dejaban ver en los últimos días; sin embargo, como ambas jóvenes desconocían los secretos de la mar, no comprendieron el mensaje implícito que traían las aves cuando una voz, elevándose desde el otro lado de cubierta, avisó de que se divisaba tierra. Un poco después, el capitán hacía sonar la bocina del barco, y los pasajeros empezaron a arremolinarse en la borda. Teresa la tomó del brazo, tirando de ella.

—¡Vamos!

Las dos se apuraron en atravesar la distancia que las separaba de la baranda opuesta, y atrás quedaron las protestas de la madre de Teresita, que las reprendía por salir despavoridas, pero incluso esta aceleró el paso para poder observar esa nueva patria. Se abrieron un hueco entre los cuerpos arracimados y sus ojos surcaron las finas líneas de una tierra que iba cogiendo forma de isla. Allí donde alcanzaba la vista, imperaba una selva de eternos verdes cercada por las aguas mansas de aquel mar. Pronto llegarían a una de las tierras más ricas de las Américas, una de las últimas colonias pertenecientes al ahora maltrecho Imperio español. «La perla del Caribe» la llamaban, la posesión más codiciada de las Antillas. Las extensas plantaciones azucareras habían horadado su paisaje para transformarlo en un vergel de cañaverales que producían el oro dulce del que nadie parecía

cansarse. Incluso los americanos habían intentado comprar esta isla en varias ocasiones, pero España se empeñaba en seguir amarrándola, y, a pesar de que los cubanos habían fallado en su primer intento por independizarse, los ecos de sedición todavía resonaban en el aire.

No transcurrió mucho tiempo hasta que La Habana comenzó a asomarse en la distancia. Macarena percibió la mano de Teresita asiendo la suya con fuerza.

—Ya casi estamos.

El barco se encontraba cada vez más cerca de su destino, y distinguieron la vieja zona portuaria con sus casas pintadas de tonos pastel. Aguardaron con impaciencia mientras el barco pasaba frente al castillo de Los Tres Reyes del Morro con su faro de cal y salitre. Las dos jóvenes admiraron la ciudad extendiéndose frente a ellas, sus edificios de piedra y sus casas que no sobrepasaban la altura de los mástiles apiñados en el puerto hasta que el ambiente bullicioso del muelle fue engullendo la embarcación.

El bergantín viraba con la calma que requería su envergadura, aproximándose al embarcadero para atracar de costado. Tras la maniobra, los marineros se esforzaron por acercar la pasarela a tierra al tiempo que los pasajeros lo contemplaban todo apoyados sobre la barandilla, deseosos de bajar. Macarena se concentraba en el rumor de las voces y sus cantinelas, evitando detenerse en la inquietud que recorría su espinaza al pensar en lo que le deparaba su destino. Un chillido estridente interrumpió sus reflexiones.

—¡Teresita, hija mía, vamos! —dijo doña Inés.

Su padre, con uniforme impoluto, aguardaba para descender, y ella los estaba demorando. Al ser don Carlos un militar de alto rango enviado por el propio Sagasta a la isla, le habían dado preferencia a la hora de desembarcar.

—¿Estás segura de que no quieres acompañarnos? —preguntó Teresita.

Macarena negó con la cabeza; pensó que era mejor despedirse allí.

—Te voy a echar de menos —dijo.

—¡Teresita, por el amor de dios! —insistió la madre.

Macarena sintió sus brazos rodeándola con fuerza, y las dos volvieron a escuchar la voz crispada de doña Inés. Teresa se apresuró a clavar un beso en la mejilla de su amiga antes de marchar para

reunirse con su familia. En la dársena esperaba una pequeña comitiva de soldados para darles la bienvenida, y poco después empezaron las presentaciones. Macarena se entretuvo con las gentes que se agolpaban alrededor de los recién llegados. Al cabo de unos instantes, su amiga se había desvanecido en la multitud. Su ausencia le dejó un amargor en la boca, y tuvo que esforzarse en reprimir las lágrimas. Permitió a los demás pasajeros escurrirse frente a ella, dilatando su tiempo en la embarcación, consciente de que su destino quedaría sellado cuando descendiera por la pasarela. Pero no tuvo que esperar demasiado antes de que se le aproximasen dos marineros para cargar sus pertenencias, que colocaron cerca de un murete en las proximidades del bergantín.

Entre tanto, se permitió estudiar a las personas congregadas a su alrededor: los estibadores de pieles cobrizas con sus ternos de algodón deslucidos descargando los barcos; los encargados de las compañías navieras corriendo, gesticulando con aspavientos de los brazos, dando órdenes a los mozos que despachaban las mercancías en carros con mulas escuálidas en dirección a la ciudad; los familiares reuniéndose con los recién llegados; las damas blancas como lirios y sus doncellas doradas paseando a niños con vestimentas rígidas; las mulatas sonriendo descaradas y despertando el deseo en los caballeros que las miraban de reojo, sin quitarse el sombrero... Incontables pasajeros descendían de barcos procedentes de allende los mares, con coloridas banderas desvelando su origen: Cádiz, Veracruz, Buenos Aires, Nueva York... Gentes de mirada colmada por el ansia de comenzar una nueva vida, de hacer fortuna persiguiendo la quimera de los indianos en la ciudad que asomaba en el horizonte. Ella, sin embargo, lo hubiera dado todo por regresar a su casa en Sevilla.

Inmersa en esos detalles, no se percató de una presencia acechándola hasta que su voz requirió su atención.

—¿Doña Macarena?

Ella no dijo nada; se quedó pasmada estudiando al extraño y su indumentaria estrambótica, que rozaba el ridículo. La cabeza calzada por un sombrero de copa, la levita carmesí con botones y alamares dorados, las calzas de color crema y unas botas de montar de charol negro. A pesar de lo cómico de su atuendo, se percató de lo guapo que resultaba con su piel de bronce y unos ojos del color

de las aguas caribeñas. Lo examinó sin tapujos, pero el desconocido parecía estar acostumbrado a ese tipo de miradas y no ocultó la satisfacción de saber que había captado su atención. Su voz sonó suave cuando habló, acompañada por un acento meloso.

—Soy Damián, *sumercé* —indicó con una reverencia.

Ella lo miró con desconfianza, intentando adivinar sus verdaderas intenciones.

—Me envía don Leopoldo. Yo soy su cochero —aclaró con el pecho inflado de orgullo—. Hágame un favor, no se vaya a mover *sumercé*; enseguida vuelvo con él.

El joven no esperó una respuesta, y se escabulló entre la multitud a toda prisa. Al poco tiempo volvió a asomarse una chistera que Macarena creyó reconocer entre la marea de cabezas. Poco a poco surgió el rostro sonriente, del desconocido al tiempo que un hombre que bien pasaba los sesenta se situaba junto a él. Observó a su acompañante con curiosidad. *Es él*, pensó. Después las palabras de la carta retumbaron de nuevo en su memoria, y sintió ganas de romper a llorar. Aguardó escrutando a la pareja que se aproximaba. Si alguna vez Leopoldo Villalba fue bien parecido, el tiempo se había encargado de borrar cualquier rastro de atractivo en él. El hecho de que el cochero estuviese a su lado no hacía más que acentuar su vetustez. Se fijó en su melena deslustrada, en su cara enjuta y arrugada, de la que colgaba una notable papada que cubría de manera parcial con un pañuelo de seda enrollado al cuello. Llevaba un pequeño bigote con las puntas peinadas hacia arriba, cual reloj marcando las dos menos diez. Su chaqueta no era capaz de abarcar el diámetro de su prominente barriga, mientras que el resto del cuerpo se sostenía por unas piernas demasiado delgadas en comparación con el volumen de su torso que daban la sensación de que se quebrarían en cualquier momento. Fue solo cuando se acercaron que la andaluza se percató de que renqueaba ligeramente de la pierna izquierda, y por lo que se apoyaba en un bastón. Macarena sintió que el agotamiento de todos los días de travesía le pesaba sobre los hombros, aplastándola contra los adoquines del puerto. La ligereza provocada por la felicidad de arribar se había evaporado, y solo quedaba el escozor de la dura realidad. Entonces escuchó una voz cortante con un deje familiar.



—Niña, ¿es que no vas a saludar a tu esposo?

Esas palabras materializaron el destino augurado en la carta que recibiera en Sevilla semanas atrás. Había aguardado algún suceso que evitara la boda, porque la mente siempre juega malas pasadas con todo lo que atañe a la esperanza, pero a partir de ese instante fue consciente de que no había nada que la fuera a librar de su destino. Desvió la mirada hacia donde provenía la voz, para encontrarse con un rostro menudo que casi confundió con el de su tía Milagros. No quedaba lugar a dudas de que se trataba de Aurelia, hermana de Milagros, emigrada décadas atrás a La Habana, donde regentaba una pensión, y la artífice de haber orquestado el enlace que saldaría las grandes deudas que había adquirido Milagros a lo largo de los años. Con ese matrimonio, la familia quedaba libre de deudas y Leopoldo adquiriría el título nobiliario de conde de Morrente.

Regresó la vista a Leopoldo, tragando saliva para infundirse valor y recuperar la compostura, pero a pesar de sus esfuerzos se sintió incapaz de quebrar el vacío surgido entre ellos. Fueron las palabras de su marido las que se abrieron paso entre la algazara portuaria dándole la bienvenida a su nuevo hogar. Macarena se apresuró a responder, intentando sonar convincente, y Aurelia asintió con aprobación, afianzando su buen criterio en la elección de su sobrina como esposa de don Leopoldo. La tía volvió a hablarle con aquella voz que tanto le recordaba a la de Milagros.

—Ahora ven aquí, niña. Que pueda verte mejor.

Macarena permitió que la besara con sus labios consumidos mientras Leopoldo ordenaba a Damián, el calesero, que se encargara de acomodar las pertenencias de su esposa. Unos mozos del puerto comenzaron a cargar el arcón con la promesa de recibir unas cuantas perras a cambio, y los tres se zambulleron en el gentío, al ritmo de los pasos tranquilos de la anciana hasta llegar al carruaje donde Damián aguardaba con una expresión de orgullo. Leopoldo se apresuró a explicar la peculiar naturaleza del vehículo de dos ruedas que iba tirado por un magnífico semental.

—Los caminos en la isla son poco accesibles. El quitrín —dijo refiriéndose al carro— se adapta mejor a esas necesidades. En especial, a lo que atañe a que no se vuelque.

Macarena intuyó que el joven mulato viajaría sobre el lomo del animal, pues no encontraba otro lugar para él. Una vez dentro del carro, comprobó que no difería de las calesas andaluzas en las que acostumbraba a pasear por Sevilla. Sin más preámbulo, se adentraron en el entramado laberíntico de la ciudad. Damián conducía al caballo por las calles empedradas de solera. Las avenidas con edificios señoriales se iban postrando ante ella, para suceder a otras más estrechas que invitaban a impregnarse del nuevo mundo que los rodeaba. Por las calzadas veían hileras de carruajes con damas y caballeros elegantes en su interior abanicándose para espantar el calor. Gentes con apariencias más humildes andaban por las aceras. Los varones cubrían sus cabezas con sombreros de *yarey* y las mujeres escondían sus cabellos bajo pañuelos atados con gracia mientras cargaban en un costado a sus hijos y sobre la cabeza cestas repletas de frutas exóticas de gruesa piel. De vez en cuando, el carro se detenía en una calle o esquina, y entonces Macarena podía admirar los puestos callejeros en los que los vendedores locales —en su mayoría antiguos libertos— ofrecían frutas, verduras, pollos vivos o pescado del día. Los tenderos espantaban las moscas posadas en su género con grandes hojas de palma y llamaban la atención de los transeúntes con cánticos almibarados para que adquirieran sus mercancías.

—Las más frescas, las mejores de *Labana*.

El quitrín enfiló una calle de villas señoriales. Aurelia no perdió tiempo en matizar que la propiedad de Leopoldo se hallaba en la zona de la antigua muralla, y se apresuró en aclarar que era uno de los emplazamientos más selectos de la ciudad y que se había construido cuando la muralla se derribó para dejar espacio a la floreciente urbe.

—Compartimos vecindario con las familias más influyentes —añadió Leopoldo—. No muy lejos está el palacio de la marquesa de Balboa.

—Antaño fue la casa más prestigiosa de la isla, aunque hace tiempo que perdió casi toda su fortuna, que quedó en manos de los acreedores —indicó Aurelia con malicia, olvidando adrede la precaria situación en la que su hermana había estado no mucho más atrás.

Macarena se distrajo echando un vistazo al otro lado del fuelle del carruaje, donde unos niños jugaban al tejo con el júbilo propio

de su edad. Podía sentir un aroma dulzón y fresco que era como si manara de la tierra misma: a sol y a fruta madura, a hojas de menta, geranio y limón. Poco después percibió que el carruaje se detenía con cierta brusquedad. Alzó la vista contra la fachada blanquecina de la casa, admirando el palacete que se levantaba frente a ella y que, según su tía, se trataba de uno de los más grandes de la zona. La mansión ocupaba una parte considerable de una de las cuadras situada en la calle Egido, tenía una fachada principal decorada con una arcada en la que unas columnas sostenían los frisos de la parte superior de la casa, que se alzaba tres pisos del suelo, y se accedía a la puerta principal a través de una escalinata. Entraron por un zaguán que desembocaba a un hermoso patio interior que le recordó a Macarena a los que se estilaban en tiempos del califato en su añorada Andalucía, con la excepción de que estos habían incorporado elementos de la jungla circundante y de que las plantas parecían brotar de cualquier rincón de la estancia.

Leopoldo hizo sonar una campanilla hasta que, uno a uno, todos los miembros del servicio desfilaron para dar la bienvenida a la nueva señora de la casa. Leopoldo contaba con veinte sirvientes: ama de llaves, doncellas y lacayos, cocinera y ayudantes, caleseros, palafreneros, jardineros y recaderos, todo un tropel de personas encargadas de los quehaceres de la mansión. Macarena estaba tan abrumada que instantes después era incapaz de recordar ninguno de los nombres a excepción del del ama de llaves, doña Mariana, una mujer de mediana edad con el pelo regado de canas, rostro abotargado, apariencia sobria y un marcado acento gallego que no se le había atenuado a pesar de los años vividos fuera de su tierra. Sus intensos ojos marrones la estudiaron, midiéndola sin tapujos. Su semblante serio no se suavizó un ápice al ser presentada, y la andaluza se dijo que sería mejor estar a bien con ella.

—Lourdes te acompañará a tu habitación para que te refresques —dispuso Leopoldo.

Una joven menuda y larga como una vara se acercó e hizo una reverencia. Llevaba un vestido blanco de algodón que resaltaba el color acaramelado de su piel y el cabello cubierto con un pañuelo igual de blanco, pero de las sienes y la nuca se escapaban unos finos caracolillos de pelo ensortijado y negro. Macarena la siguió por las

escaleras. Tras adecentarse, bajó con su tía y su marido para tomar una merienda consistente en chocolate con leche, bizcochitos de limón y buñuelos de yuca. A pesar de la creciente antipatía que su tía le despertaba, agradeció su presencia, pues su conversación superflua y continua ayudó a evitar aquellos incómodos silencios que, de otra manera, hubieran enraizado entre Leopoldo y ella. Aurelia los acompañó hasta el fin de la velada, y cuando se despidió, Macarena suspiró aliviada, al poder retirarse a su habitación con la intención de descansar.

No veía el momento de echarse a dormir, pero al observar la cama se percató de que todavía había algo pendiente antes de concluir el día. Las tripas se le revolvieron en un manojo de nervios, y permitió a Lourdes hacer a su antojo mientras la preparaba para ello. Cuando la joven terminó, Macarena avistó en el reflejo del espejo el temor en su propia mirada. Súbitamente la tierra pegó una sacudida. Los cristales de las ventanas temblaron, las lámparas del techo bailaron en sus cables y las paredes se estremecieron hasta sus cimientos en tanto que un estruendo recorría las callejas de la ciudad. La condesa profirió un chillido; sus ojos espantados buscaron los de Lourdes, y se percató de que esta permanecía impávida.

—Tranquila, *sumercé*. Está todo bien.

—¡Dios santo! ¿Qué ha sido eso?

—Es solo el cañonazo de las nueve. Lo disparan todas las noches desde la fortaleza de La Cabaña.

Probó a sonreír, sacándose el susto del cuerpo y comprobando que la casa seguía en pie. El ruido de los cascos de los caballos y las voces se colaban de nuevo por los ventanales abiertos.

—¿Todas?

Lourdes, que no tendría más de trece o catorce años, asintió con una sonrisilla en el rostro al ver la expresión de desconcierto de la andaluza.

—Sí, *sumercé*. Pero ya verá como pronto se acostumbra.

—¿Y se puede saber por qué lo hacen?

La chica se encogió de hombros, sin darle mayor importancia.

—Antes avisaban de que las puertas de la muralla se cerraban. Quien no estaba dentro debía esperar hasta el día siguiente.

—Pero si ya no hay muralla...

—Ahora dicen que sirve para ajustar los relojes.

La muchacha sonrió. Macarena le devolvió la sonrisa, al tiempo que el susto se le escurría de las tripas. La idea le resultó tan absurda que de golpe no pudo hacer otra cosa que reír, y les cogió a las dos una risa floja que, durante un rato, alivió el malestar que sentía Macarena. Lourdes se marchó y ella se quedó anclada en un rincón de la estancia, temiendo lo que iba a suceder a continuación. La brisa vespertina y la certidumbre de lo que la aguardaba le habían destemplado las entrañas, e intentó sacudirse aquella sensación de la piel.

Un sonido a su espalda la avisó de que alguien se aproximaba; tragó saliva antes de girarse y encontrar a Leopoldo en medio de la habitación. Su primera reacción fue cubrirse, conteniendo el aliento como si fuera una presa bajo las fauces de un depredador, consciente de que el miedo le impedía moverse. Él se acercó con paso decidido pero torpe, devorando con la mirada las líneas de su cuerpo joven dibujado contra la seda del camisón.

Los años y la soltería habían marcado el carácter de Leopoldo con un apetito voraz hacia la belleza femenina. Macarena no se equivocaba al suponer que habría conocido otras mujeres, y pensó entristecida que ella jamás gozaría de la cercanía de una piel tersa contra la suya, o de unos labios que no estuvieran consumidos por el tiempo.

Su marido la tomó por la mano, llevándola hacia él, y rozó la curva de su mentón admirando la gracia de su rostro aniñado, de sus ojos redondos del color de la melaza clara, orgulloso de ver su hermosura y saber que a partir de entonces le pertenecía. Se desprendió de la chaqueta y luego se desanudó la corbata. Su voz sonó autoritaria cuando habló.

—Déjame verte.

Ella no supo cómo reaccionar a sus palabras, y se mantuvo en silencio. El vacío denso de la estancia se llenó con el repicar de los carruajes colándose desde la calle. Leopoldo pareció impacientarse, y la instó a quitarse la ropa. Macarena lo miró escandalizada, pues, aunque no poseía conocimiento alguno de la forma en la que se desarrollaría ese acto, tenía una vaga idea de cómo sucedía: en un lecho, cubriendo la desnudez y, desde luego, con las luces apagadas.

—He de suponer que eres virgen.

Sus mejillas se incendiaron al escuchar esas palabras, y asintió con un movimiento casi imperceptible de la cabeza.

—Eso también lo tuvieron en cuenta tus tías —dijo él deteniéndose unos instantes más a observarla, complacido ante su respuesta—. Ayúdame con la ropa.

Macarena comenzó a desabrochar su camisa con dedos temblorosos, y Leopoldo se quitó la prenda. Quedó al descubierto su torso abultado como el vientre de una mujer preñada, plagado de un vello grisáceo. Se aproximó más a la joven, permitiéndole probar sus labios con sabor a su aliento rancio, mezclado con tabaco y licor. Ella no pudo evitar retirar el rostro con suavidad. El gesto de desagrado de Macarena enervó a Leopoldo, que la tomó por el mentón, obligándola a enfrentarse a su mirada.

—Quizás no soy el marido que esperabas, pero será mejor que te acostumbres.

Aquella vez la besó con dureza. Macarena aguantó el envite hasta que él se despegó de sus labios. Los ojos se le humedecieron, las lágrimas se precipitaron contra sus mejillas.

—Échate en la cama y deja de llorar como una chiquilla.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se tendió sobre el colchón. Evitó mirar su desnudez cuando él se desprendió de la ropa que le quedaba y se deslizó con torpeza para colocarse sobre ella. Su mirada estaba inyectada de deseo cuando le subió el camisón y comenzó a abrirlle las piernas. Macarena notó la calidez de su vientre, humedecido con el sudor reconcentrado del día. Apretó los ojos con fuerza, prometiéndose en silencio que todo acabaría rápido, intentando contener la pesadez del llanto, el nudo en la garganta que le impedía respirar. Sintió que Leopoldo empujaba contra sus entrañas, introduciéndose en ella sin sutilezas. El dolor fue lo de menos. Lo peor, sentir las embestidas de sus caderas, la aspereza de su vello frotándose contra su piel, su aliento rancio lamiéndole el cuerpo. Aunque nada más comenzar con el acto, percibió que Leopoldo se tensaba al tiempo que su garganta vomitaba un gemido ronco antes de derrumbarse sobre ella, inerte.

## 2

La medicina había sido la vocación de Francisco Morales, pues nada encontró más grato que sanar a los demás. De joven, cuando su familia no consiguió mantener su posición burguesa en la empobrecida Castilla la Vieja, se vio forzado a emigrar a Cuba con lo poco que le quedaba al terminar la carrera de Medicina. Tiempo después de llegar a la isla, estableció una pequeña consulta en la zona de intramuros; su buen hacer le hizo ganar una merecida fama que fue extendiéndose por la ciudad, y pronto las personas más pudientes comenzaron a llamar a su puerta.

En aquellos instantes, mientras se dirigía a la casa del difunto Leopoldo Villalba, los recuerdos sobre su amigo le sobrevinieron como lo habían hecho durante los últimos días desde que recibió la noticia de su triste final. Se retiró los anteojos y los limpió con gesto pensativo. De su rostro se escurrió una sonrisa entristecida al observar sus manos temblorosas, ahora incapacitadas para curar, y pensó que ni los dioses podían escapar al destino de las Moiras. A veces, el azar resultaba caprichoso, y este había aguardado a esa primera consumación de Leopoldo con su joven esposa para arrebatárle la vida, aunque el doctor Morales pensó que, puestos a morir, qué mejor manera de hacerlo que entre los muslos de una mujer como Macarena.

El carruaje traqueteaba enredándose en las callejas del casco viejo, hundiéndose en los baches en tantas ocasiones que pensó que, si el calesero no ponía más cuidado, perderían alguna rueda por el camino. Aunque no protestó. El joven azuzaba con brío a la montura, pues así se lo había pedido Morales, y de tanto en tanto echaba la vista atrás para cerciorarse del bienestar de su patrón. Francisco llevaba noticias urgentes que debía compartir con la joven enviudada, por eso el jinete no se atrevió a disminuir la marcha hasta enfilarse por la calle Egido.

Una doncella un tanto desgarbada salió a recibirlo tras atravesar el zaguán y lo acompañó escaleras arriba pasando por el patio, ane-

gado por el trajín de los criados esmerándose en vestir de luto la casa. Los postigos cerrados y los cuadros con velo anunciaban a los cuatro vientos el duelo de los habitantes de la casa. No se entretuvo el doctor en saludar a doña Mariana, el ama de llaves, y entró en la estancia donde se hallaba Macarena.

—Buenos días, don Francisco.

—¿Cómo está, querida Macarena?

Ella asintió sin pronunciar una palabra.

—He venido porque he recibido un telegrama de Guillermo Villalba, el sobrino de Leopoldo. Tiene previsto partir de París y embarcar de vuelta a La Habana en el siguiente vapor disponible. Será cuestión de pocas semanas que llegue.

Ella volvió a responder con un movimiento de la cabeza, acompañándolo esta vez con un golpe de su abanico. Y el galeno, viendo que no decía palabra alguna, continuó hablando.

—Pero me temo que hay ciertos asuntos imposibles de posponer mucho más. Y Guillermo no llegará a tiempo para encargarse de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Anoche coincidí con el señor Vanderbilt, un americano con el que Leopoldo había comenzado a hacer negocios en los últimos meses. Tras enterarse de las trágicas noticias, tiene planeado visitarla hoy mismo.

—¿Y puedo preguntar la razón?

El calor en la estancia se hacía insoportable, con todas las ventanas atrancadas a cal y canto, pero era lo que el luto mandaba, y Macarena no se atrevía a discutir las tradiciones imperantes en aquel lugar, así que se abanicó con vehemencia.

—Para asegurarse de que su dinero esté en buenas manos.

—¿Y por qué no puede esperar el señor Vanderbilt a que llegue el sobrino de mi marido?

—Dudo que acepte a pesar de la terrible situación. Los gringos que llegan a esta isla solo vienen con una idea entre ceja y ceja: hacer negocios, o *bisnes*, como ellos lo llaman.

Macarena suspiró rogando por una brizna de aire que refrescara el denso ambiente de la estancia donde pasaba los días encerrada, huyendo de las constantes miradas y peticiones de los criados y del ama de llaves.



—¿Y qué sucedería si me niego? —preguntó con ingenuidad antes de volver a abanicarse.

—Desgraciadamente la cantidad adeudada es demasiado cuantiosa. Si Vanderbilt decidiera ejecutar la deuda, se vería de pronto en una situación muy comprometida, Macarena.

Ella guardó silencio, sintiendo la turbación producida por aquellas palabras, y mientras buscaba la forma de evitar aquel encuentro con el americano en cuestión, Mariana llamó a la puerta, sacándola de su ensimismamiento.

—Tiene una visita, doña Macarena.

—¿De quién se trata?

—Es el señor James Vanderbilt —consiguió pronunciar el ama de llaves, a pesar de la dificultad que acarreaba el apellido.

Macarena frunció el ceño y dirigió una mirada al doctor, que cerró los ojos en un gesto afirmativo, dando por válida la información que acababa de compartir.

—Hágale pasar.

—Debería marcharme —dijo Morales haciendo el ademán de levantarse.

—No, por favor. Quédese.

Él asintió con cierta solemnidad, apiadándose de la joven, y le dio unos golpecitos en la mano para consolarla. No tardó en aparecer el caballero en cuestión, vestido con un traje indiano de color crudo. Macarena lo estudió. Resultaba elegante, de porte casi nobiliario, con su pelo rubio y sus ojos claros. Era guapo a pesar del gesto serio que cruzaba su rostro, por el que surcaban algunas arrugas propias de su edad —el hombre rozaría los cuarenta—. James Vanderbilt se detuvo al percatarse de la presencia de una segunda persona en la sala, pues había contado con encontrar sola a la viuda, y antes de avanzar al interior de la estancia analizó la situación, permitiéndose unos instantes para sopesar todas sus posibilidades. Macarena lo saludó.

—Don *Vandarbil*, pase, por favor.

Él se acercó y tomó su mano al tiempo que hacía un marcado gesto con la cabeza a modo de saludo. La joven percibió un ligero aroma a tabaco y sándalo que emanaba de él. Con ese calor que castigaba la estancia llegó a hallarlo desagradable, y quiso alejarse, pero

como no podía hacerlo, se abanicó intentando desparramar el perfume de su alrededor. El señor Vanderbilt le expresó sus más sinceras condolencias exhibiendo un español fluido, tras lo cual saludó al galeno por segunda vez en pocas horas y tomó asiento cuando se lo ofrecieron.

—Lamento importunarla, condesa —había algo en la aristocracia que intrigaba y atraía a los americanos adinerados como Vanderbilt—, pero arribé ayer a la isla y me dieron las tristes noticias sobre el *tragic* final de Leopoldo. Quise venir a *prestar* mis *respects*.

—Es muy amable, don *Vandarbil*.

—Por favor, llámeme James.

Macarena no se entretuvo en dar conversación de más al extranjero, decidida a despacharlo cuanto antes, tal y como había hecho con el resto de conocidos de Leopoldo en los días anteriores. Una vez más, se abanicó.

—Entiendo que tenía asuntos pendientes con mi difunto esposo.

Él asintió, dirigiendo una mirada de soslayo a Morales que no le pasó inadvertida a la viuda.

—Tenga por seguro, don James, que aquí puede hablar en confianza. El doctor Morales es un buen amigo de la familia, y no hay persona en esta isla en la que más confíe.

El americano dibujó una sonrisa a pesar de sentirse reticente a creerla. Sin embargo, no dejó entrever sus verdaderas motivaciones, y se centró en lo que lo había llevado aquella mañana a importunar a la tierna mujer de su difunto socio.

—Antes de la triste muerte de su marido, invertí una cuantiosa cantidad de dinero en su plantación. Un pago por adelantado del azúcar de la zafra que está por terminar.

Le tendió un papel con la información. Macarena lo ojeó rápidamente, sin apenas comprenderlo, deseosa por ventilar el asunto con la mayor brevedad. Sin embargo, antes de poder devolverle el documento, el galeno lo tomó de sus manos para comprobar la veracidad de la información y después se lo retornó a Vanderbilt, que lo volvió a colocar a buen recaudo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Entiendo —respondió Macarena, a pesar de no saber adónde quería llegar el americano con todas esas explicaciones del pago por adelantado.

—Como comprenderá, después del trágico suceso... —James Vanderbilt hizo una pausa; temía incomodar a la viuda con lo que se disponía a decir—, debo asegurarme de que mi inversión sigue en buenas manos, muy a pesar de la tragedia ocurrida.

—¿Y cómo podría ayudarle yo, señor *Vandarbi*?

Se formó un silencio que solo se rompía por el insistente cantar de los pájaros del exterior, hasta que por fin el *gentleman* habló mientras clavaba su mirada fría en Macarena.

—Me gustaría que me acompañara a Matanzas para visitar el ingenio y comprobar el estado de mi inversión.

En aquel momento, fue el doctor quien protestó ante el despropósito planteado por el americano.

—Eso es imposible, inaceptable. Esta mujer acaba de perder a su marido. Por el amor de dios, está de luto, no puede ser.

El caballero parecía comprender la situación. Sabía que pedía demasiado; sin embargo, para él los negocios eran lo primero.

—Lo lamento, pero no me es posible esperar mucho más tiempo. He de comprobarlo antes de partir la semana que viene —dijo Vanderbilt, dando por terminada la conversación—. Me alojo en el hotel Inglaterra, donde aguardaré su decisión. De no ser así, me veré obligado a ejecutar la deuda por la integridad del capital invertido. —Dicho aquello, se puso en pie—. Doña Macarena, muchas gracias por su tiempo. No es necesario que me acompañen.

Salió de la estancia para dejar al doctor Francisco Morales y a la viuda rodeados por un denso silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper. Macarena comprendió que si no accedía a la petición del americano, se vería forzada a desembolsar una cantidad de dinero que no poseía, pues, aunque en las épocas de zafra los grandes terratenientes pidieran créditos para continuar con su lujosa vida antes de cobrar las ganancias de sus producciones, el caso de Leopoldo —según le explicaba Morales— era diferente, ya que se había visto impelido a pedirlo para afrontar el cuantioso pago de las deudas acumuladas a lo largo de los años por su tía Milagros. Si rompía el acuerdo con Vanderbilt, debería malvender cualquiera de las propiedades heredadas de su marido —si no todas—, y no estaba dispuesta a ello, pues pretendía sacar el mayor beneficio por ellas y regresar de vuelta a España con el dinero conseguido.

—Mucho me temo que no tengo más opción que ir a Matanzas con él.

Morales enrojeció por la inquina hacia Vanderbilt y toda su estirpe de usureros, y maldijo al gringo con improperios más propios de un marinero de un prostíbulo de extramuros que de un galeno de la calle Villegas.

—No, imposible. Es un despropósito, Macarena.

—Lo que es un despropósito es arriesgarme a perder la plantación por no querer acompañarlo. Estoy segura de que si Leopoldo estuviera con vida, tampoco lo querría.

Morales se quedó en silencio, sopesando las palabras de la joven viuda. Era consciente de que su amigo no habría querido perder el ingenio a manos de sus acreedores, y aceptó las intenciones de la condesa.

—Pero tengo un favor que pedirle, Francisco. Venga conmigo —le dijo Macarena—. Yo no conozco allí a nadie, y necesito de una mano amiga para guiarme.

Él contempló sus ojos, que le rogaban su ayuda, y no pudo resistirse, ni por ella ni por su amigo, que lo estaría observando desde el cielo. Asintió.

—Iré esta misma tarde por el Inglaterra y le haré llegar el mensaje a Vanderbilt para confirmarle que iremos con él al ingenio. De paso, conseguiré los billetes para partir hacia allí cuanto antes.

Al día siguiente Macarena llegaba a la estación acompañada por Lourdes y don Francisco. Allí se encontraron con James Vanderbilt para tomar el tren del mediodía con destino a Matanzas. Tras horas masticando la carbonilla y el humo de la locomotora, arribaron a una concurrida estación y descendieron del vagón de primera clase. No tardó en acercárseles un joven de hermosos rasgos. Macarena reparó en el llamativo atuendo, igual de cómico que el de Damián, el cochero de su difunto marido, y comenzó a comprender el gusto de los cubanos por lucir a sus caleseros tanto como a sus caballos. El joven cochero —llamado Matías— iba acompañado por dos mozos de piel más oscura y atuendo menos elaborado que se encargaron de llevar las pertenencias de Macarena y Morales a los carros.

Fuera de la estación, el sol de la tarde comenzaba a languidecer con lentitud. Entre la comitiva de bienvenida se encontraba Gabriel Ceballos, el capataz de la plantación. De aspecto rudo, a pesar de sus años todavía se le veía fornido, con unos hombros anchos como una carreta. Ceballos se quitó un sombrero indiano deslucido para saludar mientras sostenía entre sus labios abotargados un cigarro puro humeante. Por la asiduidad con la que los debía de fumar, habían teñido de amarillo su maltrecha dentadura. Tras los saludos iniciales y las presentaciones de la nueva patrona, estuvieron listos para partir. La comitiva constaba de un quitrín, conducido por Matías, donde viajarían el americano, el galeno y Macarena; un carro cargado con provisiones y las valijas de los recién llegados y un par de mulas escuálidas que portarían varios fardos. Junto a ellas, un magnífico caballo alazán aguardaba para ser montado por el capataz.

—La negra irá con los baúles —dijo Ceballos señalando a Lourdes.

Macarena salió en defensa de su doncella al escuchar aquellas palabras. En ese momento, todas las miradas se posaron en ella, que habló con la autoridad que le conferían su posición y su abolengo.

—Disculpe, Gabriel, pero Lourdes debe tener un transporte más adecuado.

Notó algunos ojos abriéndose sorprendidos, y los de Ceballos, en particular, empequeñeciéndose para analizar a la nueva doña con minuciosidad. Un gesto de desafío cruzó la cara del capataz, pues todos allí acostumbraban a acatar sus órdenes sin rechistar, y no le gustaban las réplicas, menos aún si estas venían de negros o de mujeres. Cuando respondió, no se molestó en disimular un tono soez.

—Entonces el quitrín no resultaría cómodo para la condesa. En el carro hay espacio de sobra.

Ella dirigió una mirada hacia el galeno, que bien se hubiera ofrecido a viajar en caballo de no haber sido por los años que sumaba a su maltrecha osamenta.

—He de insistir —dijo Macarena.

El capataz dejó escapar algo parecido a un bufido en una muestra de exasperación por la réplica de la mujer, que retrasaba la partida.

—Los negros están hechos para resistir el sol, señora.

—No voy a permitir que mi doncella viaje de cualquier manera.

Gabriel estaba a punto de decir algo más cuando el americano decidió intervenir. Su voz sonó sosegada, pero sus ojos fríos se clavaron en los del capataz. Quizás Ceballos estuviera dispuesto a volver a replicar a Macarena, pero se lo pensaría dos veces antes de hacerlo con aquel gringo delante.

—Ya has escuchado a la señora. La doncella viajará en el quitrín, y yo iré en uno de los caballos.

—Lo lamento, pero no hemos traído más monturas que estas viejas bestias de carga —dijo Ceballos señalando a las mulas.

La mirada de Macarena se dirigió al corcel aguardando junto a ellos. Luego la fijó en el capataz, afilada y cortante como los machetes usados por los jornaleros para cercenar la caña.

—Pues que coja el caballo. Usted vaya en el carro, que hay sitio de sobra.

El rostro de Gabriel se ensombreció durante unos instantes, pero James hendió su mirada en él, dispuesto a fulminarlo si decidía pronunciar una palabra más. El capataz comprendió que aquella batalla estaba perdida y no tuvo más remedio que claudicar, jurando para sus adentros que se lo haría pagar a la negra y la malparida de la patrona. Así que comenzó a dar voces a los trabajadores, desquitándose con ellos. Vanderbilt miró a la condesa de soslayo y le dedicó una escueta sonrisa de complicidad antes de que la comitiva comenzara su viaje, encabezada por el carruaje, escoltado este por el americano. A cierta distancia los seguían, rezagados, carro y mulas pujando por guardar el ritmo del quitrín. Durante el trayecto apenas hablaron, y con la caída del sol el camino acabó desembocando en una arcada de piedra gris y musgosa. Francisco Morales parecía dormitar, pero abrió un ojo y señaló la entrada al ingenio. Se vieron rodeados por las hileras de altas cañas verdes, que contrastaban con el camino polvoriento. Unos minutos más tarde —no supo cuántos con exactitud— el galeno indicó un punto en dirección al este, donde una larga chimenea humeante asomaba en la lejanía, recordada contra el cielo, tiznándolo con un humo denso y lechoso.

—Ahí está —dijo con una mezcla de orgullo y tristeza, recordando a su difunto amigo—. Ahí es donde se produce el oro dulce.

Macarena observó cómo la chimenea se hacía cada vez más grande hasta quedar escondida tras el mar de cañas, a la derecha del

camino, y este desembocó en una explanada dominada por una quinta señorial. Las palmeras y los árboles frutales se diseminaban por el parterre circundante a la propiedad y un mullido césped acordonaba sus inmediaciones. La casa se encontraba a cierta distancia del lugar donde se situaban las máquinas para refinar el azúcar, al que llamaban batey, también de los barracones y de las viviendas de los jornaleros y sus familias. En la hacienda aguardaban por ellos unos cuantos sirvientes, que habían dispuesto todo lo necesario para su llegada. Sócrates, el viejo mayordomo, y su mujer, Isabel, que era la cocinera, los recibieron, y cuando terminaron de instalarse, había anochecido, por lo que decidieron posponer todo para el día siguiente.

Macarena despertó temprano y halló al señor Vanderbilt dialogando con Ceballos al salir a la galería. Cuando los dos hombres se percataron de su presencia, el capataz se despidió sin muchos miramientos, más bien malhumorado. Macarena se aproximó a su invitado al tiempo que un mal presagio la inducía a desconfiar de la escena que acababa de presenciar.

—Espero que Gabriel no le esté importunando.

Vanderbilt negó con la cabeza quitándole importancia, pero no pudo ocultar una mirada esquiva. Macarena lo contempló. El sol incendiaba su cabello hasta volverlo casi blanco, y sus ojos parecían menos fríos y calculadores bajo el calor de la mañana.

—Solo quería saber cómo había sido la cosecha.

Se acercaron a una mesa donde aguardaba una taza de café humeante a la que él le dio un trago. Mientras tanto, Isabel, la vieja cocinera del ingenio, con el rostro marcado con gruesas arrugas, llevaba una taza de chocolate con leche para ella. Entre ellos se posó un frágil silencio que amenazaba con romperse y salpicar todo lo demás, pero en ese momento el doctor Morales irrumpió en la galería y Macarena suspiró aliviada. El americano no tardó en excusarse aduciendo que quería prepararse para ir a visitar el batey. Una vez este se marchó, Macarena puso al corriente de lo sucedido a Morales y le confesó sus sospechas.

—Habrá que estar pendiente y no confiar en ninguno de ellos —afirmó Francisco—. Leopoldo decía que Ceballos es el mejor de todos, pero que sería capaz de vender a su madre por una perra

gorda. Hablaré con Casimiro y los demás jornaleros para que lo tengan bien vigilado.

—Gracias, don Francisco.

—No es nada, querida Macarena. Y vete llamándome Francisco a secas, que ya va siendo hora.

Él le dio unas palmaditas en la mano antes de marcharse también en dirección al batey. Isabel regresó entonces.

—¿Puedes avisar al señor Vanderbilt? —le preguntó Macarena.

—El gringo ya se marchó, *sumercé*.

—¿Cuándo? ¿Adónde?

La cocinera se encogió de hombros, pues desconocía las respuestas.

—Creo yo que salió por la puerta de servicio en dirección a los establos...

Macarena pensó que el astuto americano se la había jugado. Se fue en esa dirección y recorrió con apremio la distancia hasta las caballerizas con la intención de sorprenderlo junto al capataz. En el caso de que se hubiera dirigido hacia el batey, confiaba en el galeno para hacer lo mismo. Fue únicamente al aproximarse cuando percibió un sonido impreciso que la puso en alerta. Era sordo y amortiguado, como un gemido atragantado. Su instinto la urgió a acercarse con sigilo, notando el aire dulzón y viciado del interior de los establos. Sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra, y caminó cuidándose de no hacer ruido, pendiente de cualquier sonido y acompañada por el atronar de su corazón contra sus oídos. Unos pasos más adelante vio a Lourdes, que tenía los ojos espantados y el rostro crispado, porque Gabriel Ceballos le mantenía la boca tapada con una de sus manos y le introducía la otra bajo la saya. La muchacha gimió al ver a su señora y Macarena le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio. A diferencia de Lourdes, el capataz no era consciente todavía de la presencia de Macarena.

—Hoy no está la señora para defenderte...

Macarena buscó algo con lo que poder golpearlo, aunque solo halló una fusta. El sonido de una cigarra solitaria chirriando sus patas bajo el sol quebraba la densa tensión del interior de las cuadras. La andaluza se aproximó con paso decidido y blandió la fusta. En el



momento que la tralla descendió, un silbido cortó el aire y descargó un golpe certero sobre la espalda de Ceballos. Confundido, este se giró para mirar con ira a su agresor y descubrir contrariado a su patrona.

—Suéltala de inmediato —dijo esta.

A pesar de las dudas, unos instantes después Gabriel esgrimió una sonrisa cruel.

—Márchese de aquí. Esto no es de su incumbencia —le espetó.

Sin pensárselo dos veces, Macarena volvió a levantar la fusta y lo golpeó con todas sus fuerzas, esta vez acertando en la cara. El impacto abrió una herida en la piel del capataz, curtida por los años faenando bajo el sol. La joven se forzó en sonar más autoritaria, pero no pudo evitar que la voz le temblara.

—He dicho que la sueltes, o haré que te azoten.

La sonrisa del capataz se evaporó de sus labios, y, deshaciéndose de Lourdes de un fuerte empujón, comenzó a acercarse amenazante en dirección a su patrona. La niña cayó al suelo y se quedó sollozando. Macarena retrocedió unos pasos a la par que Ceballos se aproximaba.

—Lourdes, ¡sal de aquí!

La muchacha no obedeció. Estaba demasiado aterrorizada para moverse, y temía dejar sola a su señora con aquel malparido, pues había oído las historias que se contaban sobre él en el ingenio.

—No, *sumercé*.

—¡He dicho que te marches!

La joven obedeció a regañadientes, levantándose para escurrirse entre la pared y el capataz, y salió corriendo hacia el exterior de las cuadras sin que Ceballos pudiera detenerla. Su silueta se perdió de vista en la claridad del día, y el jefe de los jornaleros comenzó a avanzar en dirección a Macarena al tiempo que esta preparaba la fusta por si debía usarla de nuevo.

—Márchate de aquí antes de que avise a las autoridades —lo amenazó ella.

—¿Les vas a contar que me has interrumpido mientras me desahogaba con una buscona? ¿Qué crees que me harán por ponerle la mano encima a una negra?

Ella volvió a blandir la fusta, pero esta vez Ceballos anduvo rá-

pido de reflejos, y la paró con una de sus manos y se la arrebató de un tirón. Al verse Macarena desprovista de la vara y ante la postura aún más intimidante del capataz, la joven retrocedió. Ceballos dio un par de pasos para acortar la distancia, pero en ese instante irrumpió en las cuadras Lourdes acompañada por un titán de piel de color bronce oscuro y cabeza rala que respondía al nombre de Casimiro.

—¿Está bien, *sumercé*? —dijo el coloso clavando sus dedos en el pescuezo del capataz, arrancándole el rebenque de la mano.

—Suéltame, malnacido —protestó Ceballos.

Macarena sintió su cuerpo relajándose y dejó escapar el aire contenido en sus pulmones hasta ese instante. Ceballos se revolvió, pero el jornalero desatendió sus protestas.

—Casimiro, encárgate de que este desgraciado se marche de mi propiedad antes de que termine el día —ordenó Macarena.

—Como guste, *sumercé*.

Dicho esto, la sevillana se dirigió en busca del americano mientras el capataz le lanzaba una mirada de rencor, como un juramento silencioso de que las cosas no quedarían de aquel modo.

### 3

Macarena llegó al batey con el malestar agarrado a las entrañas y encontró a Morales acompañado del americano en el interior de la nave. La engulló el sonido atronador de la maquinaria al quebrar y exprimir la caña. Vanderbilt revisaba el resultado de la producción con ayuda de dos mozos que le indicaban todos los pormenores, y no se había percatado de la presencia de la recién llegada. Ella, aprovechando su distracción, le hizo un gesto al galeno para que se acercara. Se acomodaron junto a una de las grandes máquinas que expelía un chorro de vapor continuo con la rabia de un titán y a la que, de tanto en tanto, dos chamacos con poco más de una docena de años cada uno alimentaban a través de una portezuela metálica. Cuando la abrían, sus rostros soltaban una ristra de goterones de sudor como si estuvieran abriendo la misma puerta que daba acceso a los fuegos del infierno. La voz de Francisco se perdió entre el estrépito, queriendo averiguar la causa de la aparente agitación de la joven.

—¿Qué ocurre, Macarena?

—Lo he mandado al carajo —respondió desahogándose con el primer impropio que le vino a la mente.

La expresión del anciano no pudo ser por menos que de conmoción al escuchar aquellas palabras salir de tan inocente boca, sin comprender de qué hablaba, y la interrogó, con un ojo clavado en el gringo, que continuaba conversando con los jornaleros.

—¿A quién? ¿A qué te refieres?

—A Ceballos.

Morales no cabía en sí del pasmo, y la arrastró del brazo tras la máquina para así poder hablar sin llamar la atención de Vanderbilt.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

Ella inspiró despacio, haciendo un esfuerzo por sosegar, y lo puso al corriente de lo sucedido. El doctor echó la vista al cielo y exhaló el aire de sus pulmones con un sonoro estertor.

—Buena nos ha caído, Macarena. Mejor que de esto no se entere el gringo si no quieres que coja su dinero y se marche por donde ha venido. Haz lo que buenamente puedas y distráelo. Yo voy a buscar a Casimiro para asegurarme de que ese truhan no nos dé más problemas.

—¿Y qué le decimos si pregunta? —quiso saber ella, preocupada, pues nunca se le había dado bien mentir.

—Que se ha marchado a atender unos asuntos urgentes. No digas demasiado, y en cuanto puedas, llévalo a la casa. El resto déjame a mí —se apresuró a decir el médico al percatarse de que el americano tenía fijada su mirada en ellos—. Ve con él y sonríe, que no se huelga nada.

—Creo que ya es tarde para eso... —dijo a la espalda del médico, que ya se encaminaba a buscar a Casimiro.

La joven recorrió la distancia que los separaba entre el sonido fragoso de las máquinas y el movimiento sinuoso de las faldas de su vestido. El americano le clavaba una mirada suspicaz; parecía sospechar que algo estaban tramando.

—Espero que esté todo *correct*. Veo que el doctor sale muy apresurado.

Macarena se forzó a sonreír pensando en una excusa.

—Una de las muchachas se ha quemado en la cocina...

No se mostró el americano demasiado de acuerdo con la respuesta, pero no tuvo otra que aceptarla, al tiempo que la joven se apresuraba a cambiar de tema.

—Como ve, todo va viento en popa en el batey.

Él la miró extrañado, sin comprender bien la expresión. Sin embargo, había quedado convencido de tener el dinero a buen recaudo, y se escudó en la mejor de sus sonrisas para tantearla, pues creyó que con un poco de suerte podría engatusarla y persuadirla de comprar el resto del azúcar que produciría en aquella zafra. Macarena percibió el sutil cambio y decidió que se trataba de un buen momento para sacarlo de allí.

—Si le parece bien, podemos ir a la casa y probar un poco de cachaza. Tengo entendido que es tradición tomarla durante la zafra.

Se dirigieron al exterior y pasearon disfrutando del sol del mediodía. Se cruzaron con un perro ocioso que mataba su tiempo tumbado al calor y con algunos pollos sueltos picando el suelo reseco.

—¿Puedo preguntarle por qué decidió embarcarse en el negocio azucarero?

—Mi familia posee compañías de ferrocarril, navieras... Un gran imperio. Muchas de las mercancías que llegan hasta allí procedentes desde Cuba son transportadas por nuestros barcos. Como sabe, el azúcar es su bien máspreciado, y mis ganancias serían mucho mayores si transportara y vendiera mi propio azúcar.

—Pero tengo entendido que su Gobierno está poniendo trabas para importarlo.

—Eso no es problema siendo yo americano.

Macarena empezaba a formarse una idea de los beneficios que traería una empresa como esa para el *gentleman*, y un pensamiento comenzó a fraguarse en su mente. Según lo iba meditando, más sentido cobraba, hasta convencerse de que debía llevarlo a cabo antes de que Vanderbilt se marchara de la plantación.

—Como ha visto, las instalaciones del ingenio están en perfectas condiciones, y el azúcar, por lo que tengo entendido, no podría ser de mejor calidad. Don Francisco me ha informado de que es una de las tierras más fértiles de esta parte de la isla.

Dejó caer esa frase, segura como estaba de que Vanderbilt tenía más olfato para los negocios que un perro de caza y que no le costaría mucho persuadirlo para que le comprara la quinta.

El ambiente continuaba siendo caluroso, pero se había levantado una brisa agradable que los iba acompañando en su camino de regreso, y Macarena respiró complacida, porque su intuición le aseguraba que Vanderbilt tenía interés en la finca.

—¿Nunca ha pensado en adquirir su propio ingenio?

Él le echó una sonrisa a modo de respuesta, pero a pesar de que mantuvo una actitud despreocupada, el americano comenzó a percibir las alusiones veladas en las palabras de la joven, intuyendo que tras ellas se ocultaba su disposición a vender la quinta, y decidió averiguar si su instinto lo estaba dirigiendo en la dirección correcta.

—Es algo que ha pasado por mi mente. Si encuentro la plantación adecuada.

Ella sonrió al escuchar sus palabras, porque tuvo la impresión de que, si seguía por aquel camino, podría vendérsela antes de que concluyera el día.

Cuando llegaron a la casa, el galeno los aguardaba en la galería exterior, y con un suave movimiento de cabeza le hizo entender a Macarena que ya había despachado a Ceballos.

—Isabel nos ha preparado un buen plato de ajiaco. No hay cubano al que no le guste.

Después de la comida pasaron a la sala, donde la viuda les ofreció cigarros puros y Sócrates, uno de los sirvientes de la plantación, les preparó unos vasos de cachaza.

—Espero que haya quedado satisfecho con lo visto en el ingenio —le dijo Francisco a James Vanderbilt mientras se refrescaba con un buen trago de la bebida.

El americano asintió al tiempo que daba unas largas chupadas a su puro, que iba prendiendo lentamente, demostrando ser menos habilidoso que el galeno en el ritual de encender los habanos. Luego se decidió a hablar.

—Tengo entendido que, en general, los trabajadores de la isla están descontentos, y que la precariedad de sus condiciones se ha agudizado con la caída de los precios del azúcar.

—No en este ingenio —afirmó Morales con rotundidad—. Los jornaleros de Montserrat son fieles como una pareja de tórtolas.

El americano se quedó pensativo y soltó una espesa bocanada de humo que se escapó por una de las ventanas abiertas. A diferencia de la casa en La Habana, en la cual se había implantado el luto más riguroso, en Montserrat se habían permitido ser menos rígidos con las tradiciones, por lo que las ventanas se mantuvieron abiertas y los muebles sin cubrir.

—La fidelidad dura poco cuando hay hambre. Y son muchos quienes temen que todo vaya a peor.

—Dudo que eso afecte a Montserrat —intervino Macarena—. Tal vez sea cierto que Europa esté produciendo su propio azúcar de remolacha y eso no ayude. Tampoco los aranceles de su país. Como bien ha dicho, el descontento crece entre los jornaleros, pero de esos problemas solo se aqueja el flanco oriental de la isla, y, por fortuna, este ingenio se encuentra en el lado correcto.

Los dos hombres la miraron con sorpresa. James no pudo evitar sonreír, pensando para sus adentros que tal vez la viuda no estaría dispuesta a deshacerse de su ingenio con tanta facilidad, y solo se

le ocurrió una persona capaz de ayudarlo a averiguarlo, y ese era Ceballos.

—Es usted una caja de sorpresas, condesa. Ha terminado de persuadirme.

Ella sonrió con una mezcla de orgullo recordando que las cenas en el Concordia habían servido para algo más que para cuchichear con Teresita. En aquellas semanas sentándose a la mesa con ricos terratenientes y hombres de política, había aprendido los entresijos de la economía cubana, sobre todo lo que atañía a los ingenios azucareros. La conversación no se alargó mucho más hasta que Vanderbilt la dio por terminada.

—Si me disculpan, me gustaría discutir algunos detalles de la producción con Ceballos.

Macarena observó al galeno con gravedad, sin saber muy bien qué contestar. Empezaba a sentir un sudor frío recorriéndole la espalda. Optó por mojar los labios en su copa, por ganar el tiempo suficiente para pensar en algo convincente, aunque no fue necesario, porque Morales se le adelantó.

—Mucho me temo que Gabriel ha tenido que marcharse a atender unos asuntos urgentes esta mañana —respondió el médico con serenidad—. Con suerte estará de vuelta antes de que nos marchemos. Pero me atrevería a decir que Casimiro es tan diestro, o incluso más, que el propio Ceballos. Estoy seguro de que para él será un honor poder responder a todas sus preguntas.

Aquello resultaba un revés a los planes del americano, que pensó que tendría que abordar a cualquier otro jornalero y arriesgarse a que no fuera tan discreto como el capataz y a que la condesa descubriera sus intenciones antes de tiempo. Así que se resignó a aguardar el regreso de Ceballos.

El resto del día transcurrió sumido en la tranquilidad del ingenio. Fue durante la cena que acordaron volver a La Habana al día siguiente, y tras ello, los hombres se retiraron a tomar una copa de ron jamaicano y a fumar. Macarena se excusó y se marchó a su habitación a cumplir con su luto.

La oscuridad había cubierto el cielo con un manto negruzco, en el que un gajo de luna se asomaba en él, y una suave brisa se colaba a través de la ventana de su dormitorio. Respiró satisfecha, porque

estaba segura de que Vanderbilt compraría la plantación; solo era cuestión de proponérselo en el momento adecuado. Aquello significaría que su oportunidad para regresar a Sevilla, que era lo que realmente deseaba, estaba cada vez más cerca.

Con aquel pensamiento apagó el candil y se fue a dormir hasta que una pila de voces descascarilló el silencio de la noche, arrancándola de su sueño. Aguzó el oído, escuchando con atención en un intento de deshacerse del entumecimiento de su cuerpo todavía dormido. Se obligó a levantarse de la cama y se dirigió a la puerta para encontrar a James Vanderbilt en el pasillo a medio vestir. Macarena no tuvo tiempo de escandalizarse, porque la lámpara que llevaba iluminó la urgencia plasmada en el rostro del americano.

—¿Qué sucede? —inquirió.

Antes de que Vanderbilt pudiera contestar, se escuchó la voz de Francisco.

—¡Fuego! El batey está en llamas.

—¡Dios mío! —fue lo único que alcanzó a decir Macarena, pensando en el azúcar almacenado allí.

—Ya están bombeando el agua y tratando de salvar la producción.

—Tenemos que irnos ya —urgió Vanderbilt. El interés del americano no yacía exclusivamente en mitigar los daños, sino en hacerse una idea de la situación, puesto que, si el incendio era grave y la producción se quemaba, perdería una fortuna.

Los pensamientos de Macarena habían seguido el mismo sendero, porque la joven no tardó en convencerse de que tendría que saber a lo que estaba enfrentándose y calcular las repercusiones del incendio si su intención era venderle la plantación al americano.

—Yo también voy.

—¡No! —respondieron los dos hombres a la vez.

—Es peligroso —añadió James.

—No me importa. Es mi ingenio, y no me voy a quedar de brazos cruzados.

—Tu ayuda no serviría de mucho —replicó el doctor—. Necesitamos brazos fuertes.

—Los míos son tan buenos como los tuyos, Francisco.

La prisa apremiaba, y no había tiempo que perder.



—Hágase con unas calzas y una camisa. Su vestido será un estorbo allá fuera —indicó Vanderbilt.

Macarena no tardó en estar lista, y salieron precipitadamente siguiendo el brillo de las llamas que se veían devorando el edificio desde la distancia. A medida que se acercaban, el calor resultaba tan intenso que dolía en la piel. El humo les irritaba los ojos y la garganta, y un fuerte olor a caramelo llenó sus pulmones vaticinando que el azúcar se estaba quemando. Corrieron en dirección a la refinería hasta sentir las piernas más pesadas que el plomo. El galeno, agotado, se quedó rezagado en la oscuridad. Cuando Macarena y Vanderbilt llegaron, los jornaleros batallaban contra el fuego con cubos de agua, palas de arena y cualquier cosa útil en un intento de apaciguar unas llamas enfurecidas, imposibles de frenar. Macarena corrió hasta ellos dispuesta a unirse a la cadena humana que arrojaba agua, pero sintió la mano de Vanderbilt asiéndola con fuerza. Ella quiso desasirse.

—Suélteme, tengo que ayudarlos. —Se giró con saña hacia el americano y encontró un rostro entristecido que negaba con la cabeza.

—No hay nada que pueda hacer.

En esas apareció Morales casi sin aliento y con el rostro atravesado por gruesas gotas de sudor.

—Recemos a la virgen por que esto pare... Me temo que poco vamos a poder hacer.

Los tres se quedaron contemplando con impotencia cómo el fuego se extendía hasta que un crujido sordo partió el crepitar de las llamas. Observaron cómo el tejado del batey comenzaba a quebrarse y se derrumbaba, lo que avivó el incendio, hasta causar un violento estruendo y una polvareda que les hizo a todos retroceder hasta que se despejó lo suficiente para que pudieran aventurar el alcance de los daños.

Casimiro se acercó a ellos con el rostro ennegrecido y cubierto por una fina pátina de sudor y mugre.

—No hay nada que hacer, *sumercé* —le dijo a Macarena, que pareció quebrarse bajo el peso de esas palabras y las consecuencias acarreadas por el desastre.

El jornalero permaneció inmóvil unos instantes más, reticente a marcharse.

—¿Qué sucede, Casimiro? —inquirió Morales.

—Hay algo más —dijo echando un vistazo de soslayo al gringo y a su patrona, como dudando si decirlo frente a ellos.

—Habla ya —le urgió el médico, perdiendo la paciencia.

—El incendio ha sido provocado, don Francisco.

Al escuchar aquello, Macarena buscó los ojos del galeno, y no les hizo falta palabra alguna para que los dos supieran quién había sido el causante de ese desastre. Una oscura sensación removió las entrañas de la joven, y se juró que algún día, si el destino se lo permitía, se las haría pagar a Gabriel Ceballos. Sin embargo, hasta que ese momento llegara, debía guardar la calma y asegurarse de paliar las repercusiones que pudiera tener en sus negocios con Vanderbilt.

—Más leales que una pareja de tórtolas, *right?* —musitó el americano con acritud, oliendo el dulzor del azúcar al arder—. Lástima que Ceballos no esté aquí.

El aire comenzó a soplar, avivando las llamas, mientras todo seguía teñido por un denso humo negruzco. Nadie osó romper el silencio que cayó sobre todos los presentes, que observaban descorazonados cómo su futuro se consumía hasta tornarse en ascuas y caramelo.

—Es mejor alejarnos —dijo el galeno—. Aquí no es seguro continuar.

Regresaron a la quinta, arrastrando sus pensamientos y esperanzas. Las horas se escurrían lentas en el salón. Macarena se asomó a la ventana y percibió el fulgor anaranjado de las llamas contra la negrura imperante, resquebrajando aquel manto uniforme. El cansancio se iba acumulando con el paso de las horas, y perdieron la noción del tiempo. La vieja Isabel, la cocinera, encorvada y arrugada como la corteza de un árbol, entró con sus andares lentos acarreando una bandeja con chocolate caliente y unos bizcochos que ninguno de los tres se atrevió a probar. En esa ocasión fue el americano quien se asomó a la ventana. El cielo estaba teñido de rojo, y el aire cargado de olor a caramelo se extendía por la estancia, lamiendo las paredes e intoxicando las gargantas.

Cuando en el horizonte comenzó a clarear, alcanzaron a ver las cenizas flotando en el aire y el humo denso y negruzco. El fuego se había convertido en poco más que en un rescoldo humeante, y, al

salir, vieron que los primeros rayos de sol herían la noche con tonos dorados. No tardaron en divisar el ahumado esqueleto de lo que hasta hacía unas horas había sido la refinería. Cuanto más se acercaban, más se espesaba el humo. Las partículas de ceniza resultaban tan grandes como siniestras motas de polen flotando a su alrededor. Ante ellos se extendió un paisaje desolado y ennegrecido. La nave había ardido por completo, la zona de las calderas era poco más que un amasijo de metal fundido que seguía candente y allá donde mirasen se extendía un manto negro que todo lo cubría con una capa de hollín oscura como el plumaje de un cuervo. El cansancio comenzó a aparecer en los rostros ante aquel marco desolador.

—Todo se ha perdido —musitó Macarena, que sintió una mano sobre su hombro; los dedos huesudos y torcidos del galeno la intentaron consolar en vano.

—Encontraremos una solución —dijo Morales.

Los jornaleros continuaban echando agua sobre los restos del incendio, retirando los escombros y poniendo a buen recaudo el poco azúcar que se había conseguido salvar. No había más que hacer que aguardar a que el incendio se extinguiera por completo.

—Deberíamos regresar a casa y tratar de descansar —sugirió el médico, al que el cansancio le pesaba más que al resto.

Vanderbilt secundó el comentario, decidido a hablar con la viuda antes de que pudiera recapacitar sobre la situación que se le avecinaba, y no perdió la ocasión para hacerlo según cruzaban el zaguán de la quinta.

—Condesa, si tuviera un minuto, me gustaría hablar con usted.

Ella echó una mirada de preocupación a Francisco y se dirigieron a la biblioteca, pero antes de que el galeno pudiera entrar, James se interpuso en su camino.

—Comprenderá, don Francisco, que lo que voy a tratar con doña Macarena es un asunto confidencial. Deseo hablar a solas con ella. —Sin dar tiempo a objeciones, cerró la puerta frente a Morales.

—Espero que no le incomode —dijo con el gesto amparado en una sonrisa no carente de encanto cuando se giró en dirección a Macarena.

A ella le hubiera gustado admitir que se habría sentido más cómoda estando acompañada por el doctor, pero sabía que los ojos

fríos del americano la tanteaban, y no debía mostrar ninguna flaqueza. Era el momento de descubrir sus intenciones. En el instante en que el batey había ardido, sus esperanzas de venderle la plantación también se habían reducido a cenizas, pero todavía le quedaba la posibilidad de llegar a un acuerdo que fuera beneficioso para los dos, o al menos, que no supusiera restituirle un dinero adeudado del que no disponía. Vanderbilt se acercó a un mueble donde reposaba una botella de ron Bacardí y sin pedir permiso sirvió dos vasos. Se acercó a la viuda, que se había desplomado sobre una de las butacas, y le ofreció uno de ellos. Ella vació su contenido de un trago y esgrimió una sonrisa, aunque teñida de un sabor más amargo que la angostura.

—Lamento lo sucedido —afirmó Vanderbilt.

Ella aceptó sus condolencias en silencio.

—Se puede decir que no he comenzado con buen pie en la isla. —Arrastró una sonrisa cáustica en su rostro y el *gentleman* se la devolvió. No se entretuvo este en adornar con palabras vacías sus pensamientos, y cuando habló lo hizo de manera directa.

—Tras los sucesos de esta noche, me temo que todo lo acordado con su marido ha dejado de ser válido.

Ella clavó en él una mirada cortante. Sabía que tenía derecho a desdecirse de su trato, pero no se lo iba a poner fácil. Se levantó de la butaca que ocupaba y fue a servirse una nueva copa, aunque esta vez no la vació de un trago, sino que la saboreó al tiempo que meditaba su respuesta y regresaba a su asiento.

—Se ha logrado salvar parte del azúcar —dijo ella.

—No el suficiente. Y mucho me temo que no cubriría siquiera un tercio de lo adeudado.

—¿Y qué es lo que tiene pensado?

—Lamentablemente, aunque pueda concederle algo más de tiempo, en algún punto deberé ejecutar la deuda. Y, después de hoy, no tiene usted muchas opciones.

Las pretensiones del americano de hacerse con el ingenio se iban afianzando a medida que acorralaba a la viuda; en unos pocos minutos más estaría en posición de ofrecerle la condonación de lo adeudado a cambio de unas palabras de consuelo y una suma irrisoria por el resto de la plantación.

—No esté tan seguro. Todavía puedo pagarle la deuda si me concede unos meses. Por supuesto, habría de sumar los intereses que usted considerara.

Él pareció dudar, sin comprender qué pasaba por la cabeza de aquella jovencita que no habría cumplido siquiera la veintena. Y se decidió a desarmar cualquier esperanza que pudiera albergar.

—Necesitará una gran inversión para reconstruir el batey.

—No. Con el azúcar sobrante podría pagar los jornales y parte de la deuda, y todavía queda la caña que está lista para ser cortada en las próximas semanas, y de ahí tendría otra buena parte de producción. En pocos meses habrá otra zafra. La caña sigue valiendo lo suyo, y sería suficiente para pagarle, si usted me da el tiempo necesario, claro.

—Veo que lo tiene todo pensado.

Ella asintió, y en esa ocasión fue él quien apuró la copa de un trago a modo de respuesta.

—Usted no precisa ese dinero con urgencia, y qué menos que honrar la memoria de mi esposo que ayudando a salir adelante a su viuda.

El rostro del americano se transfiguró en una extraña mueca, mientras veía disiparse sus intenciones de adueñarse de la plantación con tanta facilidad. Con esas últimas palabras Macarena lo ponía en una situación incómoda, porque le pedía tiempo para solventar las deudas de su marido, y, si no se lo concedía, estaba convencido de que el rumor se extendería por la isla hasta que las puertas de los habaneros de bien se le cerraran. Al fin y al cabo, él era un gringo y ella una pobre viuda que lo había perdido todo. Debía cavilar rápido antes de que la plantación se le escapara para siempre.

—Lo siento, condesa, pero no soy un prestamista y no puedo extender la deuda sin ningún tipo de ganancia. No se lo tome como nada personal, pero, como decimos en mi país, *business is business*.

—No le pido el dinero a cambio de nada. Le pagaré intereses.

—Me temo que no sería suficiente.

—Con el tiempo podría incrementar sus beneficios.

Él negó con la cabeza, sabiendo que las palabras que iba a pronunciar a continuación la dejarían a su merced.

—Ahora que el batey se ha quemado, no me supondría los beneficios suficientes. Parte de las ganancias se las llevaría otra plantación que contase con refinería. No es una empresa que me pueda interesar; tendría más beneficios invirtiendo en otro ingenio.

—Dudo que ninguna persona decente acceda a hacer negocios con usted si se llega a conocer en qué posición me ha abandonado.

El rostro del americano se ensombreció el tiempo que tardó en reaccionar a las palabras de la joven. Después volvió a beber de su vaso y clavó una mirada fría en ella.

—Estaría sorprendida de lo que la gente es capaz de hacer por la cantidad adecuada de dinero... —Hizo una breve pausa para darles más peso a sus palabras y se mojó los labios de nuevo con el contenido de la copa—. Lamento decirle que no me queda otra opción que la de ejecutar lo adeudado.

En esta ocasión fue Macarena quien no pudo esconder su sorpresa.

—No puede hablar en serio. Tiene que haber otra solución.

—Me temo que no, a no ser... —Se interrumpió durante unos instantes mientras la estudiaba, constatando su desesperación para aceptar lo que tenía en mente desde hacía un largo rato—. A no ser que considere que nos convirtamos en socios.